



### CANOA DE JAVA HUYENDO DE UN TIBURÓN.

Recuerdo, dice John Barrow, haber visto en alguna otra parte del mundo, una cantidad tan considerable de *marrayo* (liburón) como en la playa de Anjenia, (aldea de Java) donde eran continuamente cazados, porque allí acuden atraídos por los trozos de carne, que arrastra la ría y arroja á las costas.

Un día que me encontraba en aquella rada, lancé un harpon á uno de esos voraces animales desde la galería de popa del navio *Indostan*, y faltó poco para que no me arrastrase al mar. Luego que el animal sintió en sus mandíbulas el hierro, se sumergió tirando con toda su fuerza de la cuerda, que habiéndose enredado en el armazon de la galería, arrebató repentinamente una gran parte de la ba-anstrada.

En la rapidez con que se torció la cuerda, lióse una punta á mi brazo; pero en el momento en que yo iba á ser arrebatado, apareció el cetáceo en la superficie del agua y alzó la cuerda para que pudiese libertar mi brazo, y salvarme. Confieso que estuve aterrado, pero mas al parecer lo estaba un jóven indigena, que se aproximaba á la popa del navio en una canoa cargada de frutas y legumbres. En aquel es-quiube estubo en gran peligro de zozobrar, gracias á los colázos y furiosos movimientos del animal. Los esfuerzos que hacia para escapar del rabioso cetáceo, el temor pintado en sus facciones, ofrecían un espectáculo verdaderamente dramático, del que nuestra dibujanza será rápidamente una copia. El pobre indigena escapó del peligro, y el cetáceo, preso con un nuevo harpon, fué subido al navio. En su estómago se encontró la cabeza, una ternera y gran número de huesos. Tenia mas de dos piés de longitud.

### EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales.

[Conclusión.]

En estos pueblos, á quienes llamamos salvajes los poetas romances y bábaros los filósofos griegos, no es la mujer una criatura despreciable, una vil sierva destinada tan solo á procurar progre-

nos solaces á su señor, ó á distraer sus vulgares ocios. En estos pueblos, como en el pueblo hebreo, la mujer es mujer, es madre, es esposa, es hija, es lo que debe ser: un ángel protector de dirlis mo semblante, que se cierne risueño sobre la cuna do reposa la infancia y parece cubierta, hermosísima paloma, con sus blancas alas, á la manera que cubren las ramas de melancólico sauce la tumba que descansa en la ribera del lago solitario: un ángel tambien, un celestial querube, un ser de indefinible esencia que se nos aparece envuelto en vapores y nebulosos vapores, tan luego como á la infancia sucede la edad juvenil: ser, mas divino que humano, que nos sorprende en esta edad de placer y ventura, que se mece ante nuestras miradas, como fantástica sombra que vaga por el horizonte en medio de serena noche; que llama á sí con fuerza irresistible nuestras primeras ilusiones, y las recoge cariñosas y las agita dentro de su seno como el aura de la tarde agita el fino nido que pende de frágil rama; ser de celestiales formas, de indecibles encantos, de sobrenatural hermosura. El hombre nó mas á Dios-oto comorecible; que nos sublima ó anodada; que roba nuestro corazon y le embelosa á le atormenta y aniquila; que nos hace á veces suspirar de dolor, lanzar gritos de febril alegría, qual delirantes carrujadas de una mente loca, cual siniestra sonrisa de un semblante rade-vético, qual ¡ay! desgarrador de un pecho convulsivo: ser purísimo y santo, en cuyo costa mirada bebemos la luz que ilumina nuestra inteligencia y el fueso que alimenta nuestro corazon: ser, en fin, para la vejez grato como el rocío á los campos, como el sol á las flores, como el beso de la madre á la manita del tierno infante, como grati al que llora en solitario torre, el suave nocturno del nebul que guía su oave sobre el lago apacible.

Tal es la mujer en estas pueblos. Una diosa, protectora, un ángel consolador, un genio misterioso que ama, con usago ceteris, los trémulas pasos de la infancia y vela sobre ella; que eleva y purifica el corazon de la juventud; que dá nó, lemprompente mochado por criminales vicios y aprendo á inspirar su mente, cuando nó, lánguida y ebria y por estéril orisunad devorada. Es un ser de exquisita naturaleza de sobrenatural sensib lidad, que se adhiere á la ruta fortaleza del hombre, como embudo yadra al roqueto fónico del á-bó, como campanas y embellecedora. Es un ser siempre amig, siempre fiel, siempre en el ser, que do vive para sí sino para los demás: que pide á su suspirado corazon los cons que ha de comunicar al corazon de



no un ser igual á su propio ser, no; mas un ser sobrenatural, casi un ángel, una divinidad. Hé aquí, en fin, lo que fué en la primitiva sociedad cristiana, en esa bella sociedad que tenía por morada las negras calcumbas de Roma sobre las queles corrían las carrozas de los Césares; lo que fué en la literatura sagrada de los padres de la Iglesia, en los primeros siglos del cristianismo; lo que fué en la mayor parte de las literaturas de Europa, y sobre todo en la española; lo que también debió ser en la literatura provenzal y lo que desgraciadamente no fué.

No olvidemos una cosa. En la literatura oriental, en la literatura árabe, la mujer ocupa el mismo puesto que en la literatura sagrada, en la literatura de las modernas naciones cristianas. Retoromós lo que acabamos de manifestar al final de nuestra anterior frase. En la literatura de Provenza no es lo que debiera la condición de la mujer: su estado es un verdadero contrasentido; el gesto que ocupa una irrisión, una burla, un sarcasmo. La agua que recorre la vasta esfera del tiempo ha permanecido inmovil para ella; en los siglos XI, XII, y XIII, que atraviesa esta literatura en su rápida existencia, cual hada misteriosa que cruza el horizonte en la noche serena, la mujer se encuentra como en Grecia y Roma, cubierta el rostro con el velo del dolor, cual se cubre la estatua del tirano con el velo de ignominia, hinchadas los ojos de ardientes lágrimas, desconocida su virtud, hollado su pudor, burlada su belleza, despreciado su corazón de virgen y de madre, y tan solo deseada, vil juguete que se tiene en la mano y luego se rompe, para satisfacer criminales, impudicos deseos.

Pero no trastornemos el orden de nuestras ideas. No anticipemos detalles que vendrán en su lugar. Haremos luego la historia de la mujer entre los provenzales. Diremos cómo la aman, y cómo cantan himnos de alabanza á sus grandes virtudes. Diremos la fuente impudica de donde la inspiración, el fuego sacrilego que arde en su pecho, encendido volcan que vomita de sus extrañas lavas abrasadoras y luz de sinistramplendor; la (da infame que dirige hácia la mujer su mirada, seductora serpiente que dormida en la ribera del lago atrae con ayes lastimeros al incauto viajero; y aun reproduciremos también algunos de esos ecos pavorosos que se deslucen, llantos de desesperación, gemidos de sombrío despocho, de su lira ronca y destemplada. Diremos todo esto y cuanto, ramas del tronco que con él se unen, con lo que acabamos de esponer, tenga relacion. Mas lo diremos en tiempo oportuno. Para comprender bien como cantaron los poetas de Provenza á la mujer, es menester decir antes cómo la cantaron los vates de Oriente, los vates de Grecia y Roma, y los primeros vates que produjo el Cristianismo. Aficionados á los estudios comparativos, no es extraño demos este giro especial á nuestro discurso. Cuando hayamos dicho cómo celebran á la mujer los vates de la literatura provenzal, diremos también cómo la celebran los poetas de la literatura árabe. Volveremos con esto al punto de donde partamos. Nuestros lectores nos perdonarán los rodeos.

ANTONIO DE AQUENO.

## AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

La incomodidad era grande y la noche se oscurecía cada vez mas sobre aquel montón de cosas en desorden. Los caballos no encontraban donde poner el pie, se hundían algunas veces en la nieve hasta las rodillas; otras veces iban á chocar con los troncos de árboles, que como grandes cadáveres se encontraban tendidos en el camino, el mismo puede llamarse al sendero casi trazado por el hacha en el corazón de la selva. La nieve se había amontonado de tal manera en derredor de ellos y de sus ginetes, que formaban entrafunos y otros dos establos ecuestres de mármol blanco. Decididamente Carlos XII y su compañero, pagando por una temeridad inútil, estaban perdidos. No había salvación para ellos, dirigiéndose á un lado ó á otro, el único partido que tenían que tomar era el de no pararse, á menos que quisieran condenarse á morir de frío en medio de aquella noche, mas oscura cada hora y mas helada.

—Mi hermano Pedro Alexiovitch, dijo el rey, mirando al cielo, me pagará esta carrera en los dominios que he querido tomarme, porque al fin, aunque el paraje no es hermoso, yo estoy en mi casa.

—Y tanto estáis en vuestra casa, señor, que hé aquí á vuestros vasallos, que vienen á rendiros homenaje. ¿Oís sus gritos?

—¿Lobos?

Reginold no tuvo necesidad de hablar mas, porque tres lobos de brillantes ojos lanzaron tres abullidos y tres llamadas al cortar el viento, con saltos que indicaban que estaban hambrientos.

—Esto se va poniendo serio.

Reginold cogió una de sus pistolas y la amartilló.

—Lo mas tarde posible, amigo mio, porque si no matamos, nos matarán, dijo el rey. Irós al diablo si queréis, añadió en seguida, saltando la brida á su caballo: bastante tiempo os hemos conducido, ahora, dormidos.

Y los dos caballos fueron abandonados á sus propios instintos: á ellos se confiaba el salvar á sus dueños del peligro común. Los caballos comprendieron el miedo, sobre todo, aumentó su inteligencia, y corriendo á todo escape sobre la nieve entre dos filaz de lobos, cuya timidez acaso no duraría siempre, llevaron á los dos caballeros al espacio que remolinsaba.

—¡Viva la guerra! exclamó el joven príncipe en medio de aquella carrera peligrosa. Es una felicidad que mi reino se gobierne, y que mis pasiones se calien ante la gran pasión de la guerra.

Prescítase un lobo al cuello de su caballo; pero apenas habian rozado sus dientes la piel de la bestia, cuyo cuerpo toda se había estropeado, cuando le abrió la cabeza de un pistoletazo.

Logo reposó tranquilamente:

—¿Qué has hecho en Copenhague durante las fiestas que allí se os han dado, Reginold? Se dice que en las del baron de Sandel habia mujeres muy lindas.

—Sí, señor; pero ese lobo...

—No te hablo del lobo, replicó el rey riendo, sino de las mujeres dinamarquesas.

—Sabéis que son muy amables para los extranjeros, y que en general son bastante débiles para con los venedores?...

—Te encuentro melancólico al decir una cosa bastante alegre, Reginold; ¿me ocultarías alguna pasión que galopase con nosotros en este momento? Mas vale tener cerca lobos, aun cuando sean rabiosos, ¿Ver?

—¡Oh, sí!...

—Decididamente, Reginold, creo que has adquirido el mal que yo te deseché.

—¿Se desembaraza uno de él cómo y cuándo quiere?

—Cómo y cuando puede.

—¿Se pueda siempre?

—¿Has hecho como yo? ¿has arrojado al mar las cartas y el retrato de la que amabas? porque veo que has amado, que amas todavía... mala cosa para la guerra. En virtud de un movimiento puramente mecánico producido por el resorte tan poderoso del recuerdo, olvidando Carlos XII que había cambiado su traje con el de Reginold, metió su mano en los bolsillos.

Reginold lanzó un grillo... se acordó con un sentimiento indecible de terror que en su celo por ocultar al rey bajo su traje había olvidado que en uno de los bolsillos de aquel traje se encontraban las cartas y el retrato de la hija condesa de Königsmark, de Georgina, en fin, cartas y retrato que el rey durante la travesía de Stokholmo á Copenhague le había dicho que arrojaré al mar.

—¿Qué tienes? preguntó el rey, sacando bruscamente la mano del bolsillo para coger una pistola.

—Otro lobo todavía, señor.

—¿Dónde?

—Allí.

Por un concurso milagroso de circunstancias, que no era sin embargo un milagro, saltaba un lobo desde un foz del camino sobre el rey, que le mató al vuelo.

—Un momento, dijo el rey, cogiendo en seguida un carufuco del bolsillo de su pantalón, donde felizmente no había ni cartas ni retrato... necesito cargar estas armas para otros lobos.

—¡Luz! gritó en el instante mismo Reginold.

—¿Hacia dónde?

—Delante de nosotros, señor, rectamente delante de nosotros.

—Si es una ciudad, es infaliblemente la capital de los lobos. Los caballos no nos han engañado... Vamos, mis bravas bestias, tendréis buena cuedra, buen pienso y buen sueño, y á fé mia que bien lo habéis ganado. Adelante, adelante.

La felicidad de encontrar un albergue hubiera sido también muy dulce para Reginold, porque estaba helado y quebrantado de frío; pero aquella desgraciada imprudencia que había cometido de no sacar aquellas cartas y aquel retrato al prestar su traje al rey... semejante pensamiento bastaría para esponerle un diluvio de alegrías.

No hubo necesidad de estimular el ardor de los caballos, porque corrieron por sí propios hácia la cabaña adonde el olor del heno les atraía.

Al acercarse á aquel paraje habiéndose huido los lobos. Nuestros dos caballeros seguían el camino, al extremo del que brillaba aquella lucecita á través de las hendiduras de los matorrales, cuando oyeron en dirección opuesta á la que señalaba el ruido de un palope que al principio les pareció un eco del de sus caballos. Pero habiéndolos detenido un instante y continuando el mismo ruido; no dudaron ya de que fuesen también gentes montadas sobre caballos que pasaban cerca de

allí. Prosigueron su camino, y al cabo de algunos minutos se encontraron en el cercado que rodeaba la cabaña. Pero la luz acababa de apagarse de repente.

—Señal evidente de hospitalidad, dijo el rey.

—Como la bala que hemos recibida hace poco es una señal de amistad, añadió Reginold. Nada bueno auguro de esta oscuridad repentina.

—Ni yo tampoco.

—Venid, dijo Reginold, llamando a la puerta de la cabaña sin apearse del caballo. ¡Ojalá Jehí!

Ninguna voz respondió de la parte de adentro.

—¡Ojalá Jehí! dijo a su vez Carlos XII llamando mas fuerte. Nada, ninguna señal de vida.

—Somos dos pobres comerciantes que vamos de Perna w a Tolcheff, hace un tiempo muy malo; dadnos hospitalidad por esta noche, si os agrada.

Nadie respondió.

—¡Y cuando se piensa, murmuró el rey, que esa es la casa de uno de mis súbditos.

Reginold añadió después de algunos segundos de espera:

—Cuando os decimos que somos comerciantes podríamos añadir que somos contrabandistas.

—No está mal, dijo el rey; y si después de ese título no ahren, no tenemos mas que ahorrarnos.

—O ahorrarlos, dijo Reginold con mal humor.

—Dulcemente, Reginold, que esas gentes están en su casa.

—¿Y no estáis vos en la vuestra?...

Durante este diálogo en voz baja entre el rey y Reginold, las personas á caballo que habian oído pasar se en untra un de repente á la puerta de la cabaña. El poco ruido que habian hecho se explicaba por el camino que habian tomado. Sus dos caballos, porque eran dos caballeros, habian atravesado una especie de foso lleno de nieve abierta detrás de la cabaña.

En presencia óhita cansó algun asombro á Carlos XII y á Reginold, que respondió en idioma alemán, lo mismo que el rey, al saludo de los extranjeros.

—Tal vez, les dijo Carlos XII, seréis mas felices que nosotros para con esas gentes honradas que no han querido abrirnos la puerta.

—¡Abi lo han querido abrirnos, dijo el que parecia de mas edad y mas alto de los dos extranjeros. Y dió con su bota un golpe tan violento á la puerta, que toda la cabaña tembló como si hubiera sido de carton.

La voz de aquel extranjero era formidable.

—Abrid! gritó con un tono que anunciaba la resolucion de pasarse bien pronto sin el consentimiento de los habitantes de la cabaña para abrir su puerta.

—Abrid! ¡eu nombre del rey.

—Hé aquí uno, pensó Carlos XII, que no me cree tan cerca de él.

—De qué rey? preguntó una voz que salió de la única ventana colocada bajo el techo de la cabaña.

—Me gusta la pregunta, dijo Reginold.

Y los cuatro extranjeros se echaron á reir, á pesar del poco deseo que de ello tenían.

—¿Cómo de qué rey?

—Es que nosotros contamos tres en este momento en Livonia y en Ingria; en primer lugar el rey de Polonia, que estaba á Riga no hace quince dias; después al Czar Pedro Alexiowitsh etc., que se ha apoderado de la Ingria, y después al rey de Suecia, que viene para recobrarla. Este buen vale por tres reyes.

(Continuará)

## POETAS FAMOSOS.

Antar ó Antara Ebn Naddad, el Absita.

En la historia de todos los pueblos hay una época lejana y oscura en que los sucesos verdaderamente se encuentran mezclados con los cuentos y las fábrras, y que la imaginación del hombre, amaga de lo misterioso y lo desconocido, reviste de cierto carácter ideal y maravilloso. Esta época, que es la primitiva del nacimiento y primer desarrollo de las naciones, rodó con un interés, así á los personajes como á los acontecimientos que la pertenecen, y en ella se ven siempre aparecer señalados héros, que se engrandecen y aventajan mas por los tiempos que por las acciones, que por los hechos y proezas personales que llevan á cabo. Tales personajes son en verdad los que cada pueblo escoge para su epopeya, y aunque mas hijos de la imaginación que de la realidad, obtienen por siempre en el nombre y celebridad imperecedera, porque son como retratos de la época en que empezaron á correr los

destinos de la nación, y personifican su espíritu, tendencias y carácter especial, que accen con ella misma, y que jamás destruyen por completo los siglos ni las revoluciones.

También en la infancia de la nación árabe se cuenta una época romanzosa y fabulosa, y en ella sobresale, entre otros, un héroe, famoso poeta y caudillo al par, á quien se la historia coloca en alto puesto por su ingenio para las letras y su valor en las armas, las tradiciones y espíritu maravilloso y admirador de los árabes le atribuyen hazañas portentosas y casi increíbles. Así en los tiempos de oscura historia, en que tuvo principio la restauración del poder cristiano en España, nuestras épicos y romancesos ensalzan y encarecen las proezas inauditas y singulares de Bernardo del Carpio y del Cid.

Antara Ebn Naddad el Absita es el héroe de los árabes á que aludimos. Como el hijo de Sinyra á los tiempos fabulosos de la Grecia, el Absit Juanaris (1) del Arabia se remonta á la edad llamada por los adeptos del profeta Alchaila (2) ó del gentilismo, Antara, el caballero de los caballeros (3), no solamente ofrece el tipo del poeta, sino también el del héroe: es al par el Homero y el Aquiles de su nación. Por su vida al par pública y guerrera, podemos compararle con los Ercillas y Garcilazos españoles, y los Camoens lusitanos; pero su lira es, por decirlo así, mas militar que la de aquellos, porque perteneció á un pueblo altamente belicoso, y que aparte del pastoreo y guarda de sus ganados, no conocia otra profesion que la de acometer escursiones y empresas de armas contra enemigos y extraños. Si hay algun tipo en la historia de otras naciones que ofrezca cumplida semejanza con el árabe Antara, es sin duda el griego Teofo. Ambos héroes, valerosos, desgraciados, virtuosos, amantes de su patria, manejan para enaltecerla, ya la espada, ya la lira. Cantan, porque el triunfo ó la derrota les arrancan un acento de alegría ó de dolor en los campos de la lid: sus cánticos son el aliento y sosten del que combate, el elogio del vencedor, el consuelo y esperanza del vencido; son, en una palabra, el himno de la guerra. Nuestro héroe, tal como le pintan la historia y las tradiciones, es el tipo primitivo de los caballeros de la edad media: especie de Bayardo árabe, en quien se oira personificado aquel espíritu de honor de lealtad, de portentoso valor, de adoración al sexo hermoso, que animaba á los árabes, y que con las armas musulmanas se extendió del Oriente á los pueblos de la Europa, ennoblecido y engrandecido luego en ella por la creencia y la moralidad cristianas.

La gloria, que en pos de sí dejó Antara, fué grande como lo habria sido su ingenio, como lo fueron las agitaciones y azares de una vida toda de abnegación y heroísmo. Los árabes llegaron á considerarle como el tipo de sus héroes: sus hechos valerosos en la guerra los miraron como el mejor ejemplo que debían proponer á sus soldados y caudillos. Pero todavia Antara llegó á alcanzar otra gloria mas enviable. En aquellos tiempos de costumbres desenfrenadas, en que la venganza, el pillaje y otros mil excesos, nacidos de la falta de leyes y de religion, mancillaban á los árabes, sin que fuesen bastante compensados con la generosidad hospitalaria, y la lealtad y patrocinio para con sus deudos y aliados, únicas virtudes que florecían entre ellos, Antara descoló y se hizo amar por su desinterés, su liberalidad, su moderación y el amparo que concedía al débil contra el fuerte, al oprimido contra el opresor, y por todo linaje de nobles prendas. En el poeta Antara desponió para los árabes una brillante aurora de moralidad y civilización. Por eso la historia de la vida y hechos de Antara, monumento levantado por los árabes á la gloria de tal héroe (4), es la epopeya de esta nación. Cuando los árabes en los siglos medios dominaron desde el oriente al occidente, encendiendo una gran antorcha de ilustración en las tinieblas de aquella edad, la fama de Antara corrió desde el Iraq, el Nicház y el Yemen, runs del pueblo árabe, hasta las remotas partes de España. En las obras de Ebn Alchaila (5), Ebn Jacán (6), Ebn Wudail (7), Ebn Bedrua (8), Abu Thaid el Bondi (9), y de otros muchos árabes españoles se hace gloriosa mención del héroe del desierto. Antara, en fin, es igualmente grande, ya se le considere como guerrero ó ya como poeta. Como guerrero, su valor y su destreza en las armas y en la gineta son proverbiales entre los escritores árabes de todos los tiempos. Como poeta, sus versos fueron para

(1) El padre de los caballeros, honestísimo diácono que dióon los árabes á Antara.

(2) Alchaila significa simplemente la ignorancia.

(3) Farasfawo es el caballo por excelencia.

(4) Esta poema es la Sira que mencionamos despues.

(5) Temoo, historiador de Sirias y natural de Córdoba.

(6) Calaba héroe andaluz nacido en yfra Alchaila, alquien es la parificación de Absita la Real. Murió en el año 329 de la egira 450 de J. C. Véase el fragmento de sus obras publicado por Drey en sus *Scriptorum Arabum, loci de Abd Allah*, Leiden, 1824 (pag. 57 y sig. del tomo I).

(7) Famoso escritor de arte militar en el reinado XIX de su obra titulada *Allegoría de las armas y el estado de los habitantes del Andalus*, M. S. de la Biblioteca del Excmo. Nación en Granada hasta mediados del siglo VII de la egira XIV de 220 versos.

(8) Gilberto árabe, natural de Sirias, es en Portugal, en su descripción al héroe poema de Ebn Alchaila, publicado por M. Drey en Leiden, 1824 y 47.

(9) Es Absit, el vencedor, en sus maravillosas de historia y literatura árabe.

Los árabes lo que para la nación griega los de Homero; animando á aquellos conquistadores las primeras expediciones y guerras, que los llevaron á su engrandecimiento. Lo que mas prueba le fama sin rival que goza Antara entre los árabes, es el honorarse desde lo antiguo en el oriente y en Africa ciertos recitadores llamados *Antaríes* (1) cuya única profesión es la de leer y cantar, ya en los ácares, durante las veladas y diversiones nocturnas llamadas *cabarras*, ya en los bazares y otros lugares públicos, los versos del poema guerrero y sus hazañas, tal cual las describe el poema titulado *Sira Antara*. Los árabes formando círculo en torno del recitador, asisten á esta lectura; si, con profunda atención y religioso recogimiento, mostráudo con sus ademanes el vivo interés y admiración que les inspira el mayor de sus antiguos héroes; así como los capitanes y soldados griegos se agrupaban en derredor de los rapsodas, que les recitaban trozos de la *Iliada* y la *Odisea*. Antara alcanzó además el supremo honor, á que podía aspirar un poeta en aquella nación y en aquellos tiempos, honra que solo alcanzaron siete poetas entre los innumerables que produjo la Arabia en aquella época. Los árabes tributaron á Antara este honor sin par, escribiendo con caracteres de oro uno de sus poemas (2) sobre las paredes de la Caba, templo de Mecca, consagrado por esta nación á la deidad de la poesía. El mismo Mahoma rindió al caudillo poeta el homenaje de su admisión con aquellas notables palabras, que han contribuído á acrecentar y extender la reputación de Antara entre los árabes islamistas. Dijo en cierta ocasión: «Nunca he oído hablar de árabes del desierto á quien ha ya deseado conocer, sino en Antara».

La vida y hechos de Antara merecen ser examinados muy particularmente, por ser uno de esos géneos marcados visiblemente con el dedo de la Providencia, y que dotados de un poder y fuerza sobrehumana é irresistible, se aizan á pesar de todas las desventajas, obstáculos y contrariedades, á ocupar el puesto y á cumplir la misión que Dios mismo les ha señalado. Aunque los estrechos límites, que nos es forzoso dar á estos artículos, no nos consenten el entrar en copiosos pormenores sobre la vida de nuestro héroe, procuraremos no omitir en nuestro breve relato los hechos y noticias mas importantes, que á este propósito no suministran, no ya las tradiciones y los cuentos sino los historiadores árabes mas dignos de fe.

Antara (3) hijo de Xeddad y de Injase Absita ó de la tribu de Abs, una de las mas poderosas, que moraba á la sazón en los desiertos de la Arabia, nació por los años de 550 de nuestra era. Aunque destinado á alcanzar alta gloria y renombre, grandes contrariedades y desgracias le rodearon desde su mismo nacimiento. La mayor de todas fué haber nacido de condicion esclavo, porque si bien por parte de su padre emparentaba con la mas noble de la tribu de Abs, y con el mismo rey Zohair, su madre era una esclava habesina, por nombre Zebiba, á quien había cautivado el caudillo Xeddad en una de sus expediciones guerreras. Gran afrenta era entre los árabes el no encerrar en las venas sangre enteramente árabe, y los que incurrian en esta nota, difícilmente lograbán la libertad: no debían coger espada, ni tomar parte con los guerreros de pura raza en los combates, sino guardar ignominiosamente los ganados de la tribu y servir á los señores. Antara, sin embargo, desde su misma infancia, comenzó dar palabras muestras de valor é ingenio, y á hacer frente con tales pruebas y merecimientos á las preocupaciones de su pueblo.

Siendo esclavo y casi niño todavía se ejercitaba en tirar al blanco, en esgrimir la espada y en jugar la lanza, en cazar bravos corceles, en perseguir y dar caza á las fieras del desierto, y finalmente en componer canciones y poesías, ora amorosas, ora guerreras. La naturaleza, en desagravio sin duda de haberle dado tan azares y la ruda disciplina de un estiope, le había dotado de gran robustez y fuerzas heroicas. Con tales ventajas logró hacerse temer y respetar, eludiendo en parte las persecuciones y afrentas, que le acarrea su humilde condicion.

## II.

El amor ocupa una página muy interesante en la historia de Antara. Era costumbre de todo árabe distinguir el tener una dama de sus pensamientos, á quien rendir el culto de su amor, á quien consagrar los trofeos de sus victorias, á quien invocar en los combates, á quien celebrar en sus versos, y finalmente por quien emprenderse en empresas y aventuras (4). La amante de Antara fué Abia. Digna de los afectos que inspiró al héroe, hermosa, pura, amorosa y constan-

te, Abia, en la historia de estos amores ofrece un tipo seductor y celestial de mujer con todos los encantos y el idealismo que debían entusiasmar la imaginacion pública de su tiempo. Antara, que no repara en imposibles, dase á conocer en sus gloriosas hazañas á esta Abia, doncella noble y hermosa, hija del emir Malik, y enamórase ciegamente de ella. Atrévase á aspirar á su mano, sin pensar en que habia en un miserable esclavo, porque su mente vé en pre-encanto el porvenir de gloria que le espera, y para llegar á alcanzarla, le ha de bastar con un esfuerzo de su ingenio y valor. Esta pasión ardiente y profunda coarcebida en los días de su esclavitud, le dió aliento para conquistar su libertad, y lograr puesto y gloria que le hacen digno de ella. Su esfuerzo, su rendimiento amoroso, y la heroica abnegación, con que se arriesga á todos los peligros por merecer su emancipacion y lograr el afecto de la que adora, van ganando el corazón de la terna y dulce Abia.

El autor del mencionado poema *Sira* consagra parte considerable de su libro á la novelesca relacion de estos amores, mezclando á los trances de las guerras, aventuras, empresas y batallas, los sucesos y escenas de amor entre Antara y Abia. Estas dos grandes figuras del poema, y en quienes versa su mayor interés, tan ideales y perfectas cada una en su género, se ven admirablemente reunidas en un cuadro encantador en los siguientes versos de la *Sira*, que forman parte de una canción que las esclavas de Abia entonaron en su elogio:

«Abia es la gacela, que cazó al leon con sus ojos enfermos de amor, pero paros.

«Antara, en era, es el caballero de los caballeros, el leon de la selva, cuando batalla; mas copiosa como el mar es su indulgencia.

«Y nosotros somos flores fragantes, con el perfume de las violas y de la planta del alcanfor.

«Y Abia entre nosotros como una rama del ban (1), sobre la cual se siza la luna ó el sol de la mañana».

Antara halló al cabo la venturosa ocasion de conseguir su libertad. Los guerreros Absitas le habian rehusado siempre el honor de admitirle consigo en sus expediciones y campamentos. Sucedió, empero, que los Beni Thaal, sus enemigos, acometieron de sobresalto el real de los Absitas, en tanto que se marchaban ausentes la mayor parte de los guerreros. Las mujeres y la hembra de los hijos de Abs maltratase en grave riesgo de ser presa de los Thaalíes; en tal conflicto, Xeddad, uno de los pocos guerreros que habian quedado en los reales, llamó en su socorro á su hijo Antara, que segun sus hábitos, guardaba los caméllos de la tribu. «Corre á combatir, oh Antara, el dios.—Antara, rehusando en apariencia, le replicó.—El esclavo no es de provecho para pelear contra el enemigo, sino para cuidar del ganado y ordeñar la leche.»—«Volvíale á llamar su padre, esta vez dijo.—Corre á combatir; de hoy en adelante no eres ya esclavo, sino mi hijo.»—Cuanta fuese la alegría que sintió Antara con estas palabras y el denuedo y valor que al oír las encendieron en su alma, excede á todo encarecimiento. Como furioso leon, arrojase sobre los enemigos, los desbarató, hizo gran mortandad de ellos, y ayudado de los demas Absitas, ahuyenidos por su ejemplo, rechazó á los hijos de Thaal, poniéndolos en vergonzosa fuga.

Libre Antara, miró abrirse ante sus ojos todo un porvenir de gloria. La victoria alcanzada contra los Thaalíes no fué sino el prólogo de mil triunfos y hazañas, con que se señalo en adelante. Los obstáculos que se oponian á sus altas miras, se desmenuzaron, y comenzaron á realizarse sus sueños de grandeza. Sus proezas y su ingenio le acrecentaron, al par que admirados, no pocas riquezas y amigos.

Pelearon en cierto trance en compañía de los guerreros de su tribu contra los Beni Tem en su valor más victorioso á los hijos de Abs. Caís, hijo de Zohair, caudillo de los Absitas, hijo á los suyos con honra cuando volviera del combate.—«El hijo de la negra ha salvado á los nuestros.»—Antara, á cuyos pies llegaron las palanras de Caís, dictadas sin duda por la envidia, recitó entonces, entre otros, estos versos notables.

«Yo soy un hombre que tengo de bueno, por mi linaje absita, la mitad de mi persona; pero la otra mitad la defendió con mi acero.

«Cuando la flor de mis tropas giraba floques y retrocedía, y los mas fuertes guerreros tomaban la fuga, en aquel trance combato yo por los míos mejor que los que cuentan esclavos á sus hijos todos sus progenitores».

En otra ocasion, altercand con un absita, que le echaba en cara su color negro, y su nacimiento de una esclava, le aprovechó Antara, para confundarla, el decirle y hacerle apreciar de sus poemas, que se nombró *Moulaqa* y *casida odahita*, porque obtuvo el singular honor de ser escitado con drey y respetado á la pública admiracion de

(1) sobre ciertos recitadores del poema de *Sira* véase á *Nebahar*; véase á la Abia, *Lemartine*; véase á *Dreite*, etc.

(2) Este es el poema llamado *Moulaqa*, lo que habíamos de esperar.

(3) Antara significa en la lengua arabe el Pezón y el Heroico en la guerra, nombre que dando niño dieron á nuestro héroe, como un pronostico de lo que llegó á ser.

(4) Ya observamos sus ritos que el espíritu indiferente, que tanto se espanta en Europa en la edad media, tras de ser el de los árabes, y particularmente de Antara, el padre de los caballeros.

(1) Esta Comparacion es muy usada por los poetas árabes, quienes en el poema sobre nuestra viuda y *Escrito de este género en el vi no halla la imagen de un mejor vago halla en el de un gran poeta.*

el templo de la Mecca (1). Este poema se reduce casi todo á elogiar á su amada Abia y á celebrar sus propias hazañas.

No nos estenderemos aquí en la relación de todos y cada uno de sus gloriosos hechos. Biremos, empero, qué á pesar de la contradicción de los padres y parientes de Abia, que miraban como afrentosa el emparejar con el hijo de la esclava, logró éste al fin su amor y su mano.

Antara tuvo por rival en estos amores al gallardo *Omar*, llamado el *Wahhab* (2), hijo de uno de los emires ó príncipes mas poderosos de la misma tribu de Abs. Sin embargo, Antara con sus nobles prendas, su ingenio y heroísmo, logró inclinar en favor suyo el corazón de la hermosa Abia.

Las jornadas mas famosas en que se señaló Antara, decidiendo siempre la victoria en favor de su tribu, fueron las de *Daul Moralguib* (3), *Nabaa* (4), *Alforuc* (5), *Oracr* (6) y otras, cuyos difusos y pomposos relatos no caben cumplidamente en el breve cuadro que trazamos.

Después de una vida, llena de mil alternativas, de grandes desventuras y grandes triunfos, de gran humildación y gran alteza, Antara vió llegar el fin de sus días con la satisfacción del que ve realizados sus ensueños de amor y gloria, del que oíra cumplirse su destino y misión. La misión de Antara fué la de salvar á sus pueblos en mil ocasiones, la de elevarle á grandeza, gloria y poderío, haciéndole respetar por todos los demas pueblos y tribus del Arabia, fué la de ofrecer á sus patrióticas acciones nobles y heroicas que imitar, la de civilizarlos en fin.

Antara murió hacia el año 615 de nuestra era en edad muy avanzada. En las circunstancias de su muerte no concuerdan los historiadores; pero segun la opinion mas verosímil, fué muerto á traición por elerto *Wardabu Cháber*, grande enemigo suyo. Los Absitas lloraron amargamente la pérdida de aquel guerrero á cuyas hazañas y generosos sacrificios debían el engrandecimiento de su nacion. La adicción acentuó del desierto que tantas veces regó Antara con la sangre de los enemigos de su pueblo, al encerrar en su seno el cuerpo exánime del héroe, sintiéndose humedecida con las lágrimas de sus amigos y naturales. Cuenta un autor árabe que apenas divulgada la nueva de que Antara habia sido herido de muerte, luego las demas tribus cobraron aliento contra la de Abs, como falta de su apoyo y valdor, y contando con hallarse desprevenida, y aun no recobrada de su duelo y quebranto, marcharon contra ella. Adelantáronse á los demas, 50 de á caballo con intención de descubrir el terreno y tomar lenguas de sus enemigos; pero al llegar á la entrada de un valle llamada de las Gacelas, reconocieron con terror á Antara, que si bien acababa de espirar, aun permanecía sobre su corcel y cubierto de sus armaduras, como si tratara de cercarles el paso. Desconcertados encuentran tan inesperado, y si bien les constaba que el bravo campeón habia sucumbido á sus heridas, temiendo en aquel cuerpo quedase un soplo de vida, á pesar de ser ellos en tanto número, no se atrevieron á acercársele en todo aquel día ni en la noche siguiente. Al rajar el nuevo día, viendo que Antara seguía allí inmóvil, sostenido por su fiel caballo, no dudando ya de que era muerto, se acercaron á él y le contemplaron no sin espanto y asombro, al ver exánime al valeroso guerrero, en cuya presencia habia temblado un día la Arabia entera. Aquellos gineles se apoderaron de sus armas, como de gran trofeo, mas no pudieron coger á su corcel llamado *Alachar*, que no sufriendo le cabalgase otro que Antara, huyó á los desiertos. En tanta los Absitas, operciéndose del destino de las otras tribus, mientras sus descubridores se venían demorados por Antara muerto, lograron ponerse en salvo. (7). Echáronlo de ver los descubridores y se arrojaron del temor que allí los habia detenido, pero antes de partir, uno de aquellos guerreros, conmovido por la desgraciada muerte del héroe, aunque le habla contado entre sus enemigos, al par que lloraba sobre su cuerpo sin vida, le arrojó así: «Loor á tí, defensor de tu pueblo, y que aun después de tu muerte lo has protegido con el terror que inspira tu aspecto. Que agore tu alma de las venturas eternas! Qué benéfico riego la tierra de tu sepulcro!»

(1) Abadiremos aquí á lo dicho antes sobre estos poemas *Mosallac* que se recitan en la Caña de la Mecca hasta que Mahoma los hizo leer el día que entró vencedor en esta ciudad.

(2) El *Wahab* ó el magroño.

(3) Esta batalla se dió por los Absitas y sus aliados los Beni Abdallah Ebn Galifan contra los Beni Fozay y Beni Mueza hacia el año 571 de J. C.

(4) En esta jornada los Absitas vencieron á los *Eschabitas* sus enemigos, con muerte de su caudillo *Nodafa* Ebn Bedr, año 570 de nuestra era.

(5) En este lugar, que es un valle situado entre la provincia de Yemama y Bahrein, los Absitas derrotaron á los Beni Sud, poco después de la batalla de Nabaa.

(6) Nombre de una familia ó ejército, así como se denominan los Absitas combatientes con los *Chaditas* y los *Maslam* ó su caudillo *Masra*.

(7) Este relato no puede menos de recordarnos la muerte de los cristianos de Yedania con el *Chá* muerto, y dado que ambas sucesos ocurrieron entre 570 y 580, es notable la semejanza que se venian á sus detalles en la guerra de Yedania un siglo antes. En época que aludimos, pero que tanto se parecieren en su vida y hechos.

Estas noticias sobre Antara las hemos tomado, entre otros historiadores árabes, del autor del *Quitá* *alaghami* que es un gran libro de las canciones (1) de *Abulfeda* (2) en su historia ante islámica, de Ebn Bedrun en su mencionado comentario al poema de Ebn Abdún, y particularmente de un antiguo comentario al mismo *Díwan* de Antara ó colección de sus poesías (3).

F. JAVIER SIMONET.

## EL EX-MONASTERIO DE LA ESPINA.

### PARTE ARTÍSTICA.

Si en todas las construcciones y monumentos las fisonomías y accidentes de localidad deben estar en correspondencia con el objeto y pensamiento fundamental, las moradas de los monjes de la *edad media* no podían faltar á esta condicion precisa y cardinal de la filosofía del arte. La índole de la vida contemplativa en las primitivas instituciones, la vocación de los solitarios, que se consagraban al retiro y á la austeridad, el carácter de los que buscaban acaso la espitación de estrayos y desafueros en el seno de la religion, naufragar del mundo llegados al puerto de la calma y de la esperanza, todo esta pues, exijia lugares apartados y desverna, cuanto imponente naturaleza.

Las bondas quebradoras, los montes fragosos, los breñales asperos y gigantescos, las selvas seculares donde el paisaje es imponente, formidable y poderoso, inspiran por su terrible magnificencia ideas enérgicas y poderosas. Porque todas esas decoraciones espontáneas de una vejección primitiva producen en la imaginación impresiones vehementes, disponen el ánimo á cosas graves y tocan con su poesía las fibras de la inspiración. Los monjes primitivos debían y necesitaban rodearse de objetos y perspectivas, que respirasen rusticidad, duraz y aislamiento, en relación exacta y directa con la severidad de sus ideas, privaciones y deberes espirituales. El aspecto de las montañas coloradas con sus derrumbaderos y asperezas, con su intrusa cabellera de malezas y fragosidades; las hondísimas gargantas, adonde se desgajan los torrentes desde picachos inaccesibles, que apenas permiten divisar un giro del huebo y arrebatado celaje; las solitarias playas del mar, entre cuyos sombríos peñascos se estrella con estrépito las crepascas olas al empuje arronquecido del vendabal; las huacas fosforadas, cuyos contornos árboles asultan las nubes, para desafiar el rayo, que surca sus corpulentos troncos, y sobre cuya superficie no hay huella de plantas humanas, ni mas rumor que el rujido de las alimadas salvajes; todos estos grandes cuadros de la creación elevan el alma hacia el autor prepotente de tantas grandezas, favorecen la contemplación, y hablan con vehemencia á los sentimientos mas íntimos y elevados del hombre, por medio de la fantasía. La *Balcona* y el Hospicio del San Bernardo, son mas elocuentes para los ánimos inspirados que la lección mas expresiva. Y la *Espina*, asomando sus flechas y cúpulas entre los robledales del despoblado, esta ha perfectamente en armonía con lo que debía ser el espíritu verdaderamente ecclético de los primeros tiempos, para que los monjes se dedicasen á levantar sus pensamientos y extirparlos á Dios por la abstracción contemplativa, el desasimiento del mundo y el olvido de sí mismos.

Trazó, pues, San Nibardo el monasterio en el fondo y confluencia de dos valles profundos y sombríos, que corren por medio de los montes (ó que dió lugar su denominación), y que forman parte de la inmensa ramificación de *Torosos*. Dominante por todas partes agrías la derta, cubierta por recios majestades de agreste vejección. El lugar era muy análogo y característico, y revela tacto en la elección.

Los alcazares que habia en estos sitios y servian de morada á la infanta, hincábanse nombre de *Palacio de Dona Sancha*, sirvieron de fundamento á la casa monástica, que fué establecida en ellos. Tenian cuatro alas de edificio, un patio y corredores, donde se colocó la habitación abacial hasta el año 1675, desde la renfificación de 1280. A su espalda habia varios aposentos, que desembocaban sobre el corredor del patio; y además otros para hospedería y alojamiento de la servidumbre. Donde hoy está la portada, existia una torre y un grande arco, con habitación para los monjes y guarda-broquel, sirviendo como de puerta de guarda y defensa de la mansión; y fué todo destruido en 1374, para construir la actual entrada y la cerca. De modo que únicamente la iglesia fué obra de nueva planta; dado que para los demas usos se aprovechó todo el palacio y sus dependencias. Y solamente así se comprende que en dos años, no mas, quedase terminado.

(1) Su autor *Abulfeda* Ebn Hacam el Capitanense, califa moor y califa de los movimientos mas importantes de la religion por los árabes, que murió en el año 586 de la gila (807 de J. C.)

(2) Famoso historiador y príncipe de Bama en Siria.

(3) Se halla en el coto de la biblioteca del *Escorial*, que contiene además los *Díwan* de los *Abbas* para *Abulhasan*, *Abulghaf*, *Abulghaf*, *Abulghaf* y *Abulghaf*, con sus comentarios.

la fundación y los monjes instalados en el establecimiento, cuando duró veinte y nueve la reedificación. Lo cual quiere decir claramente que el palacio fué entonces el verdadero monasterio, sin hacer en él mas que las reformas y arreglos precisos á su nuevo destino. Así permaneció sobre ciento y sesenta años, hasta la época de D. Martín Alfonso, que tomó á su cargo la reconstrucción. Y como sin duda la primitiva iglesia era mezquina y hecha ligeramente, empezó las obras por la construcción de su templo costoso y magnífico, que prosiguió y terminó D. Juan Alfonso, y repararon luego los Abades conforme al gusto y conveniencia sucesiva, ganando poco en esto la traza fundamental y la armonía de la fábrica. Su planta es un crucero, cuyo pie forma la nave principal, á cuyos costados corren dos claustros ó naves menores. Toda esta parte es gótico bizantino, de excelente gusto y ejecución. Los arcos ojivos están sostenidos por esbeltos y delicados pilares de columnitas agrupadas, que reciben las soberbias bóvedas de sillera en una considerable elevación. Este trazo y la cabeza del crucero, que conserva igual tipo arquitectónico, con la posición de obra mas antigua, (de 1275 á 1285) exceptuando las naves pequeñas que con las últimas capillas fueron producto de las obras sucesivas, empezadas posteriormente (1340) y terminadas (en 1360) por el infante Alburquerque. Bien se conoce la diferencia del gusto. En estas construcciones ya se encuentran arcos rebajados y bóvedas de junquillos, que hacen conocer la que habia ganado la escuela gótica en ornamentación y variedad, aunque todavía conservan la reminiscencia del arte lombardo en el corte de la arquería y el perfil de los mascarones.

El centro del crucero le forman tres hemicielos de órden corintio, que hacen allí un injeto bastardo y abiarado. Débese á cierto abad, que juzgando obscura y pequeña la capilla mayor construida por D. Martín, hizo derribar (1546) reemplazándola con la actual y destruyendo el conjunto artístico del templo. Tambien se hicieron entonces las capillas colaterales de San Juan Bautista y San Juan Evangelista, y el cimborrio del crucero, terminándose todo en 1558. La iglesia no obstante era suntuosa y bella; y esos lunares de estilo desaparecían ante el bizarro goticismo de la perspectiva general, con la galería de las bases, la ligereza de las ojivas y líneas elípticas y el efecto grandioso de la decoración.—Siguió en órden á las obras de reconstrucción la bella capilla titulada de los *Vegos*, para enterramiento de familia; y que es de una ornamentación rica y bien ejecutada, por los años de 1395.

En esta ocasión fué construido tambien el retablo mayor, que era obra notable por ser de alabastro, con grandes medallones, de alto relieve, bien ejecutados en aquel magnífico material. Tambien se construyeron entonces los sarcófagos para la fundadora y reedificadores, con estatuas y urnas de piedra y sendo cuerpo de arquitectura. El de la infanta Doña Sancha, de bulto sobre el presbiterio, al lado de la epístola la hermana de D. Martín Alfonso, y D. Martín Gil y el del evangelio la de D. Juan Alfonso de Alburquerque y su esposa Doña Isabel de Meneses. La coronación es de gusto plateresco; pero las esculturas deben tener mayor antigüedad por su escaso mérito. Consagróse esta nueva obra por el obispo de Salamanca en domingo á 28 de Mayo de 1360.—La capilla para las reliquias y custodia de la Santa Espina fué construida por el monasterio, y tuvo de gasto la suma de 200,000 rs. Su estilo de arquitectura recargado y decadente, como el arte en aquella época, no tenia mas mérito que su inmenso coste material. La colocación de las reliquias en ella tuvo lugar á 29 y 30 de Abril y 1.º de Mayo de 1353.

La fábrica del monasterio duró muchísimos tiempos, y puede muy bien decirse que no cesó hasta mediados del siglo pasado. Los monjes continuaron su casa, desde el estado en que la dejaron los Alburquergues, con infatigable perseverancia; y cada prelado como que hacia punto de honor en dejar recuerdo de su administración. Vastísimo es por consecuencia el edificio, y falta de unidad y carácter artístico. Lo mas notable que tiene en su interior son dos pórtos de sillera, y de formas greco-romanas, y que son construcciones posteriores al Renacimiento. Constan cada cual de dos cuerpos, en el uno ambos dóricos, y en el otro toscano el inferior y jónico el superior; y hacen un claustro bajo abierto por una serie de arcos, cuyos claros están corridos por un barandaje, y un corredor alto, con balconaje y arquería respectivamente. Su planta es cuadrada; las fachadas están guarnecidas con pilastras, columnas y demás constitutivos de composición. La vista exterior de la iglesia situada sobre el ingreso de la casa, es obra muy moderna y de bastante buena traza y perspectiva. Compónese de un frente dividido en tres cuerpos que flanquean dos torres iguales. El segundo y tercero constan relativamente de un alzado de columnas resaltadas, con basamentos corridos, sin mas diferencia que ser el primero jónico y el segundo corintio, que está sobre-puesto por un frontón triangular y sostenido por castellos sencillas. ¡Lástima que le hayan recargado con un adorno superfluo, que trasciende á barroquismo, como algun otro adorno! Las agujas se alzan sobre cuerpos

con ribetes almohadados; componiéndose luego de tres tramos dóricos; el primero cuadrangular, y el segundo octógono resaltado por medias pilastras, calados por medios pórtos, y coronados por balaustradas; con flanceros, y cubierto el mas alto por una campañola ó cimborrio, sobre el cual monta la linterna, rematada en graciosa pirámida.

El aspecto exterior del monasterio con sus cercas almenadas, con sus cubos, que las resaltan en torno; con su portada al simal de torreado baluarte, presenta el carácter feudal de la edad media, cuando las abadias señoriales hacían frente con las fuerzas á su órden y sueldo mantenidas, contra las guerras y banderías de aquellos intrincados y turbulentos tiempos.

VENTURA GARCIA ESCOBAR.

## EL JUICIO FINAL.

(Conclusion.)

XXIV.

Oh! cuánto la sonrisa es inefable  
De los nobles é intrépidos varones  
Fijos del mal al ceño formidable  
O á sus caricias y á verbios dotes,  
Que de raza venida y miserable  
Templaron con afán las aflicciones,  
Por ella pertinaces ahogaron,  
A los reyes por ella desafiaron!

XXV.

Suave, hechicera, la aureola brilla  
De las puras, hermosísimas mujeres,  
Altos modelos de virtud sencilla,  
Que desdeñando alicios y placeres,  
Los sitios buscan do maltrata, humillas  
Dolencia cruel á los humanos seres,  
Y do el jay! es mayor, mas la tortura,  
Mayor es el afán, mas la dulzura!

XXVI.

Con ellas vase multitud gloriosa  
De modestos y heroicos misioneros,  
Que de Jesus por la moral preciosa  
Truecan la muerte con salvajes fieros;  
Los que la luz de caridad hermanan  
Entre abismos encienden placenteros,  
Del bien los generosos campeones,  
Los que vierten verdad á las naciones.

XXVII.

Livido el rostro que trastorna el miedo,  
De rábia intensa henchida la mirada,  
Nótanse allí los que el divino dedo  
Ha de mandar á la infernal morada,  
Como florid, luminoso, ledo,  
Brilla un islote en mar alborotada,  
Tal la huete de justos venturosos  
En la de malos multitud odiosos.

XXVIII.

¡Cómo tiembla el perjuro libertino  
Al contemplar rameras esquivosas  
Virgenes do brilló pudor divino  
Ahogado en sus curules licenciosas!  
¡Cómo preven y lloran su destino  
Los que con torpes páginas, odiosas,  
Las almas de pureza y fé pelearon  
Y de toda inmundicia las colmaron!

XXIX.

Amigo hueco con alca buscando,  
Espeluzados, locos de pávura,  
Hieren la vista los que en gozo infando  
Se inchieron al manchar la nieve pura.  
En séres viles ángeles burlando  
Que Dios miró con especial ternura,  
Te preparabas, ó fatal racha,  
La mayor pena que el infierno crea.

## XXX.

Turbia la vista con vapor sangriento  
Ven resaca cien viudas abrasadas,  
Campos y campos de su vil sustento  
Hallan en hombres cuervos á bandadas,  
En sangre tinto el líquido elemento,  
Ay! en cenizas ayeses mil trocadas,  
Huérfanos, viudas que enlutó la guerra  
Por su ambición de un palmo mas de tierra!

## XXXI.

Yertos de espanto aguardan tu sentencia  
Los que, de furia insana arrebatados,  
En tu nombre, precepto de clemencia,  
Reinos, Jesus, dejaron asolados,  
Encadenaron la augusta ciencia,  
Y entre hogueras y muertos hacinados  
Rieron con estúpida alegría:  
También cual nunca Salomón real!

## XXXII.

¡Con cuánta angustia ven los opresores  
Victimas solo victimas sin cuento!  
Contemplan por do quer acusadores,  
Por do quier impoñible el salvamento  
Así infeliz que entrega á los furios  
Del Océano borrascoso viento,  
Do quier se vuelve con anhelo fuerte  
Olas y olas sin fin no mas advierte!

## XXXIII.

¡Qué lengua podrá dar el leve idea  
Del múltiplo dolor con que el judío  
Mide por fin su culpa enorme y fea,  
Dios reconoce á quien clavara impío?  
Ruje, y Satan, que en llantos se recrea,  
Aun tenaz en su ciego desvarío,  
Al contemplarse ante Jesus postrado,  
Ruje también, de furia arrebatado.

## XXXIV.

En resplandeciente trono deslumbrante  
El hijo de María al fin se sienta:  
Dos ángeles se muestran al instante  
Y cada cual un libro le presentan.  
Risueño del primero es el semblante  
Como jardín que su riqueza ostenta;  
Templo que alumbrase ya moribundo  
Trae á la mente el rostro del segundo.

## XXXV.

Abre Jesus las páginas de vida  
Que luz exhalan deliciosa, suave,  
Como el fajar que encuba la florida  
El matutino sol de amar sabe.  
La mano que en el óbigo fué herizada  
Hojas de la muerte el libro grave,  
Y campo, como en sangre enrojecido,  
Se despende con lúgubre crujido.

## XXXVI.

Cual un señor en mieses opulento  
Ve como sus activos labradores  
De paja vil, á lamas alimento,  
Presto se paron granos bienhechores,  
Mira el hijo del rey de firmamento  
Cuál los ángeles, fieles servidores,  
A los justos congregan á su diestra,  
De los réprobos forman su siniestro.

## XXXVII.

Almas felices que de amor bendito  
Probasen las delicias divinales,  
Dilatad con júbilo infinito:  
Vais á vivir unidas, inmortales!  
Amantes que impusisteis al delito  
Mujeres harto tiernas y leales,  
Solo en desahogar vuestro duelo:  
A cielos séres arrancais el cielo!

## XXXVIII.

Habla Jesus: blandisima dulzura  
Su voz envía al alma y los sentidos:  
«Vosotros qué templasteis mi hambre dura,  
Me abrigasteis los miembros ateridos,  
Doliente me asocorristeis con ternura,  
O de Jehová dichosos escudidos,  
Venid, venid á su mansion riente  
A gozar de su vista eternamente.

## XXXIX.

«Hijos de la soberbia y la dureza,  
Que negasteis oído á mi lamento,  
Y de noche invernal en la crudeza  
A mis helados miembros aposento,  
Los que renusasteis con brutal fiereza  
A mis ansiosos lábios alimento,  
Y tú, Luzbel, enjendrador de males,  
Id por siempre á las llamas infernales».

## XL.

«¿Cuándo, Señor, tan venturosos fuimos,  
(Esclama la lección bendita) cuando,  
Que á tus resecos lábios agua dimos,  
Y á tus miembros cansados lecho blando,  
Ni placenteros sonreír pudimos  
Tus desnudas espaldas abrigando,  
O á los furios de tu cruel dolencia  
Nuestros desvelos dieron resistencia?

## XLI.

«Mi dulce grey, el Redentor contesta,  
Al presentar apoyo al desvalido,  
Caridad noble haciendo manifiesta,  
Yo el conhorto, el alivio he recibido.  
Vil multitud, cuando crueldad fonesta  
Tu pecho heló y dejaste enhambr recido  
Al hijo mio que sin pan veías,  
A mí, perversa, en tu ceguera herías.»

## XLII.

Súbito aullando de manera horrible,  
De fétida calijine crecida,  
Al abismo de lágrimas terrible  
De rumbase la chusma condenada  
Tal un día, á la voz irresistible  
De Jesus, á demoliciones entregada,  
Multitud de almaña: aquerosas  
Abismóse en las ondas procelosas.

## XLIV.

Hosanna! Hosanna! el juicio ha terminado!  
Entre música y voces de victoria,  
De lumbré tan espléndida cercado  
Cual nadie vió en su vida transitoria,  
De santos y querubens rodeado,  
Sube Jesus á la mansion de gloria,  
Y comienzan los himnos de alabanza  
En éxtasis de eterna bien andanza!

EMILIO BLANCHE

Matanzas.—Cuba.) Abril 16 de 1833.

## FABULA.

Cien onzas en el juego  
perdió un belloco,  
y porque una era falsa  
salió batiendo.

Creen los necios,  
que aminoran su daño  
con el ageno.

EDUARDO GASSET.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO DE ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.